



Transiciones

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA

Jueves  
12 de noviembre de 2009

## El cambio

**D**ie Wende, así llaman los alemanes a la apertura del muro que partía en dos a la ciudad de Berlín. La noche del 9 de noviembre de 1989 la noticia dio la vuelta al mundo: Había caído el Muro. Levantado en tiempo récord la noche del 12 al 13 de agosto de 1961 para separar a Alemania; se trataba de una barrera de 120 kms. que partió a la ciudad y se convirtió en el símbolo del mundo dividido. La construcción apresurada dio paso a un muro de hormigón armado que empezó a construirse en 1975 y que tenía una altura de 3.6 metros y estaba formado por 45 mil secciones independientes de 1.5 m de longitud. Además, la frontera fue protegida por una valla de tela metálica, cables de alarma, trincheras para evitar el paso de vehículos, una cerca de alambre de púas, más de 300 torres de vigilancia y 30 bunkers.

El Muro de Berlín pronto fue el símbolo de un mundo bipolar: El Este y el Oeste. Los países mal llamados comunistas y los del bloque capitalista; antagónicos, enemigos irreconciliables. 28 largos años de separación, historias desgarradoras de quienes murieron en el intento de cruzar de Berlín del Este al Oeste. En uno de los puntos de control principales (Checkpoint Charlie) hoy se encuentra un museo. En él se pueden observar las formas más sofisticadas e inverosímiles que los berlineses utilizaron para tratar de burlar el muro. Recuerdo uno en particular, que sólo años después vi emular en la frontera México-Estados Unidos. Una persona que se disfrazó y caracterizó como asiento de un pequeño auto.

Aquella noche del otoño de 1989 me encontraba en Madrid y recuerdo haber visto la noticia en el telediario de Televisión Española y compartir una inmensa alegría en las inmediaciones de la Gran Vía. La gente salía a festejar el histórico acontecimiento. Todavía en 1992 cuando visité Berlín me impresionaron las ventanas tapiadas de casas que sirvieron de límite entre las dos Alemanias. La Puerta de Brandenburgo, que conocí primero a través de fotografías, ahora lucía majestuosa y llena de vendedores ambulantes. Se podían adquirir pequeños pedazos de muro (llenos de grafiti); insignias, gorras y uniformes de quienes resguardaron a lo largo de casi tres décadas la frontera artificial.

En los días que la visité, me alojé en la parte Este de Berlín, que impresionaba por la anchura de sus calles y lo uniforme de sus construcciones. La travesía hasta la parte Oeste tomaba aproximadamente una hora pero servía para conocer la forma de vida durante la separación. Una de las universidades de mayor prestigio en Europa quedó atrapada en el Este: La Universidad Humbolt de Berlín, fundada en 1810. Entre otros célebres pensadores y hombres de ciencia, pasaron por sus aulas: G.W.F. Hegel, Arturo Schopenhauer, Albert Einstein, Karl Marx, Friedrich Engels y Heinrich Heine. Al caminar por sus instalaciones no podía dejar de pensar en la inmensa contradicción de que las ideas de transformación que ahí se incubaron pudieran haber tenido una derivación en la absurda privación de la libertad que significó el muro.

La caída del Muro supuso el triunfo del capitalismo como sistema y modo de vida. Incluso un autor, Francis Fukuyama, de la Universidad Johns Hopkins (Washington, DC), alcanzó notoriedad con un trabajo que tituló "El fin de la historia y el último hombre", donde establecía que al no haber alternativas al capitalismo la vida pública se tornaría sumamente aburrida y sin adversarios ideológicos. Las grandes disputas en torno a sistemas económicos diferenciados serían objetos museográficos.

En los últimos 20 años el mundo se ha transformado y hemos asistido a nuevas disputas: raciales, étnicas, religiosas. El "choque de civilizaciones" como lo definió el profesor de Harvard, Samuel Huntington. El capitalismo que se impuso hacia finales de los años ochenta y que tuvo entre sus conspicuos representantes a Ronald Reagan y Margaret Thatcher, se encuentra en crisis. Muy pocos son los defensores de un capitalismo que prescinda del Estado y se regule exclusivamente por el mercado. Por fortuna la socialdemocracia europea ha demostrado que el gobierno no puede renunciar a la conducción económica y social. El Estado es imprescindible para regular el mercado y evitar la monopolización y polarización económica y social. Volver los ojos a Europa puede ser una vía para salir de la crisis económica y pensar en una nueva institucionalidad.